

Jornada Alumni Madrid 2018: «La realidad en clave de género»

Colegio de Arquitectos de Madrid

Vicerectora,
ponentes,
presidente de Alumni,
alumni,
amigas y amigos,

Según el cómico estadounidense Georges Burns: «el secreto de un buen discurso es tener un buen comienzo y un buen final, y luego tratar de que ambos estén lo más cerca posible el uno del otro».

Sin embargo, esta vez no podré seguir tan sabios consejos, y hacer un buen discurso acorde con este criterio, pues la cuestión que nos reúne hoy aquí, difícilmente puede despacharse con un par de tópicos.

O bien callarme y agradeceros la participación en la mesa redonda; o bien intentar expresar dudas e intenciones.

Lo que les prometo es que intentaré evitar caer en otro error típico de muchos discursos, cuando el ponente, a menudo con menores conocimientos que su auditorio, no evita pontificar como si detentara la verdad en exclusiva.

Les aseguro que este rector se cuidará mucho de sucumbir a la soberbia de pretender iluminarles sobre cuestiones de género, o de revelarles soluciones mágicas ante las discriminaciones.

Porque, si fuéramos sinceros, siempre deberíamos empezar reconociendo, lo que años atrás ya expresaba el cantautor valenciano Raimon: que «l'única seguretat [és] l'arrelament dels meus [dels nostres] dubtes». Que «la única seguridad es el arraigo de mis –de nuestras– dudas».

Así, mi cometido en este escenario es el de reconocer las aportaciones y reflexiones

de las ponentes que me han precedido y el de comprometerme –comprometernos– a hacer trabajar la UOC –a hacerla trabajar todavía más– en clave de género.



«La desigualdad entre hombres y mujeres debe entenderse como una desviación estructural y sistémica»

Porque la desigualdad entre hombres y mujeres debe entenderse como una desviación estructural y sistémica. Una desigualdad que adopta formas y concreciones diferentes, según la cultura, el país, la sociedad o el ámbito en el que se manifiesta, pero que siempre comparte un mismo hilo conductor: el menor acceso a derechos y recursos de todo tipo por parte de las mujeres.

Y ya que nos acoge el Colegio de Arquitectos, permítanme hablarles de la arquitecta francesa Odile Decq, cuyas vicisitudes ejemplifican lo que ahora les comentaba.

Odile Decq es una candidata habitual al premio Pritzker –el llamado Nobel de la arquitectura con el cual, por cierto, tan solo han sido reconocidas tres mujeres desde su creación en 1979, entre ellas la española Carme Pigem este pasado 2017–.

Como les decía, Decq es hoy una figura consolidada, pero cuando con 17 años mostró su deseo de ser arquitecta, su padre intentó disuadirla. Al no conseguirlo, visitaron a un arquitecto amigo, que tranquilizó al padre diciéndole que su hija siempre podría dedicarse a diseñar los armarios de las cocinas.

Ante tal panorama, nuestra protagonista abandonó la Bretaña por París y acabó abriendo un importante despacho con su pareja. A pesar de haber recibido reconocimientos como el León de Oro de la Biennale, cuando su marido falleció en un accidente, sus amigos recomendaron a Odile que cerrara el despacho y se refugiara bajo la protección de un arquitecto de verdad, pues ella era solo el complemento.

Entre decepcionada y sorprendida, Decq rompió con sus amigos, mantuvo abierto su despacho, volvió a ganar concursos, premios y galardones, e incluso pasó a dirigir la Escuela de Arquitectura de París...

Sin embargo, seguía siendo tratada como la excepción, pues la arquitectura (decían) no era cosa de mujeres.

De nuevo, se negó al encasillamiento y la cantinela sexista, y creó el Instituto Confluence de Innovación y Estrategias Creativas en Arquitectura, donde la mitad del alumnado son chicas.

En la actualidad, con 62 años sigue activa y combativa. Me gustaría pensar que hoy hallaríamos muchas más Odiles Decqs. Que no estaría sola, que seríamos muchos y muchas quienes levantaríamos la voz junto a ella.

Protestar y denunciar siempre es un primer paso.

El más urgente... pero incompleto si no se acompaña de actuaciones y políticas capaces de hacer evolucionar la sociedad, de modificar sus planteamientos, de integrar y naturalizar el feminismo.

Y debo serles sincero: necesitamos ayuda. Necesitamos ayuda, yo el primero, pues somos conscientes de movernos en un terreno sensible y, al mismo tiempo, urgente.

Pero esta misma inseguridad no debería limitarnos, sino servirnos de acicate para asumir como propia esta bandera de esperanza, de progreso social, de equidad y de justicia.

Institucionalmente, sabemos que tenéis razón, pero debemos superar previamente cautelas y resistencias para dar paso a actuaciones proactivas, basadas en convicciones firmes.

Históricamente, todas las mejoras en derechos humanos, civiles y políticos han sido impulsadas por pequeñas vanguardias concienciadas que, a su vez, pertenecían a minorías étnicas, sociales o culturales.

Sin embargo, hoy estamos hablando de una revolución que implica a más de la mitad de la humanidad y que, por su relevancia, nos interpela a todos los seres humanos.

Esta es la gran revolución pendiente, cuyo potencial de cambio la ha convertido, sin duda, en una de nuestras últimas esperanzas de renovación y de mejora.

Enfrente encontraremos oposiciones de todo tipo, algunas derivadas del conocido y tradicional machismo, otras camufladas bajo disfraces de brillantina.

Pero también sabemos que contamos, de nuestra parte, con un número creciente de aliados y, si me permiten la expresión, con el favor de los tiempos.

Hoy, pensar y actuar en clave de género ya no es una rareza, ni un exotismo, ni una estupidez, ni una barbaridad.

Es justamente persistir en el machismo aquello que hemos de empezar a calificar como raro, exótico, estúpido y bárbaro.

Escribía el ensayista E. B. White, colaborador de The New Yorker y padre de Stuart Little, que «tener prejuicios ahorra muchísimo tiempo.

Puedes formarte opiniones sin tener que preocuparte de contrastar los hechos».

Nosotros preferimos no ahorrar tiempo. Puestos a escoger, preferimos formarnos opiniones basadas en hechos y actuar en consecuencia.

Conscientes de no ser instituciones inmaculadas, queremos ser partícipes activos, actuando decididamente para que la universidad corrija las discriminaciones de género de hoy y prevenga mediante la educación las de mañana.

Porque no se trata de arreglar únicamente nuestro entorno más inmediato, sino de trascender más allá, de impactar socialmente.



«Cuando desde la UOC nos fijamos como uno de los objetivos para 2020 «reforzar la perspectiva de género como un valor», debemos mirar tanto hacia dentro como hacia fuera»

Cuando desde la UOC nos fijamos como uno de los objetivos para 2020 «reforzar la perspectiva de género como un valor», debemos mirar tanto hacia dentro como hacia fuera.

Hacia dentro para implicar transversalmente la docencia, la investigación, la gestión, los recursos humanos y la recogida de datos.

Hacia fuera porque la universidad es socialmente transformadora, gracias a su carácter antisistémico y disruptivo, y a su espíritu crítico. Sin estos rasgos, no hay universidad.

Y como muchos hombres inseguros y hasta cierto punto desorientados, sin dejar de ser hombre e gustaría pedir una cosa a todas las hoy aquí presentes: no cambiéis. No cambiéis porque, entre todas y entre todos, lo que debemos cambiar es la sociedad.

Como decía hace unos meses la filósofa Marina Garcés, a partir del próximo curso profesora de la UOC, «no necesitamos un mundo nuevo: necesitamos un mundo, este, donde se pueda vivir y luchar por una vida digna».

Por lo tanto, si «la realidad en clave de género» debe ser algo más que un lema, ello debe demostrarse en la teoría y en la acción, en los objetivos y en la praxis, en la cotidianidad y en el mañana.

Porque quien debe cambiar, quien debe evolucionar, es la sociedad, no las mujeres de hoy y todavía menos las de mañana.

Muchas gracias